



**“ ERNESTO PENSÓ EN SUS MUERTOS.
AQUELLOS QUE LA ÚLTIMA GUERRA
PERMITIÓ” .**

A pesar de todo

por Franco Cruz

Marcela transcribió en hoja reciclada —con letra ocho y sin espacio— un poemario de Heraud. Los escasos soles no alcanzaban para comprar libros o fotocopiarlos. *El río* calzaba en una hoja gracias a su caligrafía equilibrada. Terminado el trabajo, leyó la hoja gastada. Comparó y contó los versos para asegurar la buena transcripción. Salió de la Biblioteca para esperar a Ernesto. Se encontrarían en el jardín de la Facultad para continuar con su tradición sabatina: releer poemarios. Intercalaban la labor. Este sábado era el turno de Marcela. La última vez, él le leyó algo de *Valses y otras confesiones*. Ya habían realizado este rito por ocho semanas seguidas. Quizás como excusa para aguantar el hambre y ocultar impotencias. Intercambios que convertían los versos en rezos.

*Yo soy el río anochecido.
Yo bajo por las hondas
quebradas,
por los ignotos pueblos
olvidados.*

Como un río, Ernesto se acercó. Se abrazaron fuerte. Ambos olían a

incienso y papel. *Comienza, mientras preparo la manzana*. Marcela leyó. Era un juego serio el de inhalar, exhalar y leer. Las volutas que salían de sus bocas eran hamacas para los versos. La cadencia de la lectura se tornaba amistosa y relajante. Soportaron el frío a punto de amor por la hoja. Se miraron entre líneas. Casi ni se dijeron nada. Solo leer y escuchar. Se desparramaron sobre el pasto. La hierba seca y la lana de sus chompas formaron un solo tejido. No les interesaba tocarse, sino estar juntos. Miraban el árbol que los acogía, los muros con fierros sobresalidos, el cielo, las pintas en las paredes y cualquier bicho volador. Luego de un conjunto de versos, guardaron silencio necesario para pensar.

*Llegará la hora
en que tendré que
desembocar en los
océanos,
que mezclar mis
aguas limpias con sus
aguas turbias.*

Ernesto pensó en sus muertos. Aquellos que la última guerra permitió. La imagen de su abuela, perdida en llanto por el hermano que nunca volvió, se formó con pena

punzante en la mente de Ernesto. Mientras, Marcela pensó en Heraud y creyó entender que la juventud era un río, aunque ahora se le antojaba ver su propia vida como un ave. Una que busca una mejor estación en la que vivir. Marcela y Ernesto estaban unidos por la pesadez de ser pobres y lectores tristes. Ambos, estudiantes con pocas probabilidades de soltar la pluma en alguna librería reconocida. No buscaban monedas. El dinero no era su solución ni su meta. Estaban convencidos de que la precariedad no era su única angustia. Ni siquiera la más importante: estudiar por incertidumbre.

Publicar. Soñaban con ello. Nadie les dio pista de cómo hacerlo, excepto la editorial *Sophrosyne*. Esta solía publicar poemarios de jóvenes poetas temporales —aquellos cuyos versos morían bajo la necesidad de trabajar y comer. Por ahora, Marcela y Ernesto habían escrito poemas sueltos entre sus cuadernos de apuntes. Aún no concebían un proyecto. Sus amigos más cercanos también deseaban vivir de la palabra escrita. Ninguno de ellos había publicado. Solo compartían oralmente sus creaciones. La editorial de la orali-

Franco Cruz Gabaldoni es escritor, docente, lingüista y músico. “He estudiado en la UNMSM. También estudio en la MEC de la PUCP. Mi interés por la Literatura nació en la mesa familiar a través de las historias que mis abuelos y padres narraban. Mi universo contiene esos relatos entrelazados con mis viajes, Tarma, la sociedad peruana, el lenguaje, la música, la educación y el oficio de la escritura como un compromiso constante. He publicado relatos y poemas en la revista *NN* y la editorial *El gato descalzo*. Además, soy jefe editor del segundo número de la revista *NN* de la MEC”.

dad. Además, su único sustento era el pan con poesía —herencia de la resignación que Leoncio Bueno les dejó. A diferencia del tinte experimental de la poesía de sus amigos, Marcela y Ernesto se desenvolvían en versos conversacionales.

Ustedes se contienen más. Leen para llorar —les decían los amigos.

*El día llegará,
y en los mares inmensos
no veré más mis campos
fértiles.*

Ahora sonreían con ligereza. No podían controlar la escasa felicidad que les regalaba esa tarde. Y cuando Marcela quiso dejar la hoja con los poemas, Ernesto le dijo: *No dejes de*

leer. No sabía si lo decía porque le gustaba el caudal del poema de Heraud o porque la lectura era como de esas canciones que acompañan momentos de nostalgia. No dejaría de leer. ¿Por qué lo haría? Marcela sentía que ese placer le resguardaría siempre a pesar de no darle algún sustento. ¿De qué sirve el acceso al conocimiento si este cerraba sus puertas a los que transcriben, en letra ocho y sin espacio, un poemario en una hoja? ¿Privarlos en el placer y luego devolverlos a la triste ingenuidad del progreso?

*Todo se disolverá en
una llanura de agua,
en donde un canto o un poema más
solo serán ríos pequeños que bajan,*

*en mis nuevas aguas luminosas,
en mis nuevas
aguas
apagadas.*

Tenían todo en contra suya, salvo la agilidad de sus manos frente a un libro. Ahora, recordarían el espíritu joven y eterno del río de Heraud. Aquel poeta que dejó un cauce y una sombra que ellos podrían llenar. No les parecía triste su situación o aún no la aceptaban. Fortaleza envidiable. El poema terminó. Marcela se levantó y sacudió su chompa. Ernesto la miró tan gris que se le ocurrió, para el próximo sábado, coger Poemas humanos del estante de su abuela y tornar más sufrientes aquellos días. Lo disfrutaban, a pesar de todo.

